

El asesinato del profesor de matemáticas *(fragmento)*

Obra: El asesinato del profesor de matemáticas

Autor: Jordi Serra I Fabra

Tipo de texto: Narrativo

CAPÍTULO I

Nada más oírse el timbre que daba por finalizada la clase, él les dijo:

—Adela, Luc, Nico, quedaos un momento, por favor.

Los tres aludidos abrieron primero los ojos y después se miraron entre sí. El que menos, se aplastó en el asiento como si acabasen de pegarlo con cola de impacto. El resto de los alumnos se evaporó en cuestión de segundos. Algunos les lanzaron miradas de ánimo y solidaridad, otros de socarrona burla.

—A pringar —susurró uno de los más cargantes.

Adela, Luc y Nico se quedaron solos. Solos con Felipe Romero, el profesor de matemáticas. El Fepe para los amigos, además del profe o el de mates, que era como se le llamaba comúnmente.

El maestro no se puso en pie de inmediato ni empezó a hablarles en seguida. Continuó sentado estudiando algo con atención. El silencio se hizo omnipresente a medida que transcurría el tiempo. Más allá de ellos, tras las ventanas, la algarada que hacían los que ya estaban en el patio subía en espiral hasta donde se encontraban.

Adela se removió inquieta. Su silla gimió de forma leve.

Era una chica alta y espigada, de ojos vivos, cabello largo hasta la mitad de la espalda, ropa informal como la de la mayoría de los chicos y chicas. Su preocupación no era menor que la de los otros dos. Volvieron a mirarse. Luc arqueó las cejas. Nico puso cara de circunstancias. El primero era el más alto de los tres, rostro lleno de pecas, sonrisa muy expresiva, delgado como un sarmiento. El segundo era todo lo contrario: bajo y un poco redondo, cabello bastante largo, mirada penetrante. Curiosamente, los tres eran amigos. Siempre andaban metidos juntos en todos los líos, buenos y malos.

Felipe Romero por fin dejó la hoja de papel que estaba leyendo y los atravesó con su mirada más penetrante.

—Bueno —suspiró.

Eso fue todo. Siguió la mirada. Primero en dirección a Adela. Luego en dirección a Luc. Por último en dirección a Nico. No era mal profe. Lástima que diera... matemáticas. El Fepe era el único que les llamaba por sus nombres de pila, no por el apellido. Y el único que aceptaba lo de

Luc en lugar de Lucas en atención a que Lucas era un fan de Star Wars. Otros preferían apodarlo el Skywalker, pero en plan burlón.

—¿Qué voy a hacer con vosotros? —preguntó en voz alta.

—¿Qué tal dejarnos ir al patio? —propuso Nico.

El profesor ignoró el comentario.

—Sabéis por qué os he hecho quedaros, ¿verdad?

—Tenemos una vaga idea —reconoció Adela.

—Sois los tres únicos de la clase que vais a suspender la asignatura.

—Pues vaya noticia —bajó la cabeza Luc.

—¿Y no os da rabia?

—Rabia sí, claro.

—No lo hacemos aposta.

—¿Qué quiere que hagamos?

Los tres hablaron al mismo tiempo.

—¿Y os resignáis? —se extrañó Felipe Romero.

—No —dijo Adela.

—Pero si no nos entra..., no nos entra —manifestó Nico.

—Ya lo intentamos, ya —aseguró Luc.

—Vamos, chicos, vamos —el profesor acabó poniéndose en pie—. No puedo creerlo. Si fuerais tontos o no dierais más de sí, lo entendería, pero vosotros tres... He visto vuestras otras notas, ¡y todas son bastante buenas por lo general! ¿Qué os pasa con las matemáticas? ¿Que no os entran? ¡Tonterías! Les habéis cogido manía y ya está. ¡Las odiáis! De acuerdo, odiadlas si queréis, pero no me digáis que no las entendéis. Es una cuestión mental. ¡Os negáis a entenderlas, que no es lo mismo!

—Que no es tan fácil, profe —dijo Luc con dolor.

—Sí lo es, Luc, y lo sabes tú como lo sabe Adela y lo sabe Nico. Todo está aquí —se tocó la frente con el dedo índice de la mano derecha—. Si quisierais, podríais, pero os limitáis a decir que no os entran, que no es lo vuestro, que si patatín y que si patatán, y ya está.

—¿Usted cree que no queremos aprobar como sea? —exclamó Nico.

—¿Sabe la bronca que me echarán mis padres? —se estremeció Adela.

—¿Y el verano que me harán pasar los míos, con profes particulares y todo ese rollo? —gimió Luc.

—¡Pues evítadlo! —gritó Felipe Romero.

Pegaron sendos brincos en los asientos.

—Chicos, chicos, ¡chicos! —el maestro se acercó a los tres y se sentó encima de un pupitre—. Las matemáticas son esenciales. Después de la lengua, lo más importante. Y que conste que soy de los pocos profes de mates que reconocen eso, porque la mayoría os dirá que lo principal son las matemáticas. Yo pienso que sin saber leer ni escribir primero decentemente, no hay matemática que valga. Pero da igual: son esenciales. Os ayudan a pensar, a racionalizar las cosas, a tener disciplina mental. ¿Vosotros leéis?

—Sí —dijo Adela—. Yo me trago todas las novelas policiacas que pillo, y casi siempre adivino quién es el asesino antes del final.

—Yo soy fan de la ciencia ficción y la fantasía —le recordó Luc—. Me leo todas las historias que encuentro.

—Y lo mío son los cómics —quiso dejarlo bien sentado Nico—. Aunque también soy bastante bueno con los videojuegos.

—¡Pues las matemáticas son como todo eso! —insistió Felipe Romero—. Una buena novela policiaca va dando pistas, como un problema de mates, y llega a un único final posible: el culpable. Y lo mismo pasa con la ciencia ficción y no digamos los videojuegos. Si tu mente es capaz de trabajar a la velocidad necesaria para llegar al final de un videojuego, es que estás capacitado para resolver cualquier problema de matemáticas.

—No es lo mismo —negó Nico.

—¡Os asesinaría! —levantó las manos al cielo— ¡Pero mira que sois tozudos!, ¿eh? ¿Y vuestro orgullo?

No dijeron nada.

—¿No os importa ser los tres únicos que suspendáis matemáticas? —siguió el profesor tratando de provocarles.

Siguió el silencio.

—¿Sabéis que pueden echarme por eso? —soltó de pronto Felipe Romero.

—¿Por qué?

—Por ser mal profesor.

—Ande ya.

—Que sí —insistió él—. Estoy en la cuerda floja. El director dice que mis métodos no son... ortodoxos. Con tres suspensos de dieciocho alumnos me la cargo. Es una sexta parte.

—No es justo.

—Díselo a Mariano Fernández.

—¿Encima quiere que nos sintamos mal porque pueden echarle? —se entristeció Adela.

—Pues sí —la pinchó.

—¡Jo! —rezongó ella.

—Mañana es el examen —les recordó sin que hiciera falta—. Por favor, estudiad esta noche, tratad de hacerlo sólo un poco bien para que pueda justificar un cinco pelado. No me vengáis con que no lo entendéis, os bloqueáis, se os queda la mente en blanco y todos esos rollos. ¡Haced un esfuerzo!

Era una bronca. Felipe Romero les hablaba con pasión y convicción. Podían entenderle. Lo malo era la realidad.

Las matemáticas no les entraban. Y punto.

¿Qué podían hacer contra eso?